



El Mercurio, Santiago 27-X-1974. P.7

La Guerra a Muerte

"La guerra a muerte", reeditada recientemente (Ed. Francisco de Aguirre, 95 pags.), tiene un valor documental bastante exclusivo dentro de la bien nutrida historiografía chilena. Pese al transcurso de los años, el libro de Benjamín Vicuña Mackenna permanece incólume. La edición no ha variado sus datos más que en detalles insignificantes.

El autor destacó la impresión que habían dejado en su espíritu, tan dado a la evocación exaltada, los ejes empleados en computar las fuerzas. "Este libro —constató— ha sido escrito con paz de conciencia en medio de la vorágine devoradora que en olas enrojecidas ha estado pausando incansablemente delante de nuestros ojos". La fuerza de la imaginación lo había sumido en los hechos brutos, lo había trasladado a las selvas araucanas y puesto a observar de cerca los monstruosos acontecimientos.

No es raro que lograre trazar un cuadro documental, detallado, siempre fiel a la verdad, profundamente conmovedor. Sólo Vicuña Mackenna pudo asumir una empresa de tal índole.

Pero, en fin, ¿a qué respondió la guerra a muerte?

Fue el fruto, en lo inmediato, de un error. Después de Maipo los restos del ejército realista se cobijaron en Concepción y Talcahuano, disponiendo de buenas comunicaciones con Valdivia y Chiloé. En la seguridad del triunfo los patriotas tardaron un año en dirigirse al sur y consolidar la independencia. Este tiempo fue precioso para el levantamiento de la masa indígena contra las intenciones de Santiago. La raza de fondo, sin embargo, resistió en la fidelidad del sur al monarca español, lo cual fue explotado acapitadamente por los caciques venecidos, los capitales de indios y longuarates, estimulando la sed de sangre y pillaje anidada en el alma primitiva de Arauco. La revolución, quedó así demostrada, había sido un asunto de aristócratas capitalinos, no del hombre común y corriente, ni del colono ni del indio.

El fanatismo de Penco en su acatamiento al Rey llevó al obispo Urzúa a ordenar a las Monjas Trinitarias que hicieran ahogado del claustro en Concepción, vadearan el Bío-Bío y trataran por todos los medios de llegar a Valdivia, desde donde se las debería de embarcar a Lima. Más de treinta mujeres, algunas ancianas, se internaron en las selvas y, desahuciadas, debieron cumplir durante cuatro años expuestas a los ataques

de la India, lejos de la civilización. Sólo en 1822 el coronel Prieto consiguió remitirlas a su lugar de partida.

La guerra a muerte fue la respuesta del caudillo Vicente Benavides a la matanza de oficiales españoles prisioneros en el poblado cayo de San Luis, en febrero de 1819, ocasión en que asustados brutalmente los generales Ordóñez y Prieto de Rivera. Benavides, por su parte, ordenó el feroz desamarramiento de los vencidos en Tarpellibca. Días antes, eso sí, había engañado a Freire, matándole a un parlamentario y pasando por los arcos a quince prisioneros.

Benavides era un acorrellador sanguinario, hijo de caracolero, que estaba indignado contra los austríacos porque su mujer era la amante de un oficial chileno. Sin embargo, parece ser que el verdadero instigador de sus crímenes era Juan Manuel de Rosas, asereno ministro de Huasco que había sentido fama por su audacia y carencia absoluta de todo sentimiento humanitario. De hecho, la guerra a muerte continuó sólo cuando se aprestó a este caudillo en 1824; Benavides había sido ahogado en Santiago en 1822, al cabo de las aventuras más inverosímiles.

El despliegue de energía humana durante estos cinco años y la enorme amplitud del campo de operaciones llevó a meditar sobre lo que habría aguardado a Chile si la guerra a muerte se prolonga algunas semanas más. Desde luego, el mantenimiento de la tensión provocó graves dificultades entre Freire y Prieto, lo que pudo haberse transformado en divergencias fratricidas de incalculables consecuencias. La decisión de nuestro ejército, su valor, el patriotismo desinteresado de sus jefes, evitó que el sur de Chile hubiera terminado en varias provincias desligadas de Santiago, sin Chiloé, ni Magallanes, ni la Antártida. El paladino estuvo pronto a tiempo para abortar a nuestro país la coexistencia desintegrada a que condujo, por ejemplo, la designación Guerra de los Treinta Años, en plena centro de Alemania. Entonces, como ahora, el caudillo resultó eficaz.

Al cabo la incipiente nacionalidad salió fortalecida, habiendo dado prueba la raza chilena de soportar y salir victoriosa de semejante trance mortal. En la frontera india, y en la guerra a muerte, se templó el ánimo que luego estaría presente en Yungay, en Chorrillos y Miraflores, en Sangra, Concepción y Huamachuco, en Papudo y Casma, en Iquique, Punta Gorda y Angamos.

La Guerra a muerte. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Guerra a muerte. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile